

Tu desdén era un dios, las quejas mías  
momentos y palomas en cadena.

Noche abajo los dos. Cristal de pena,  
llorabas tú por hondas lejanías.  
Mi dolor era un grupo de agonías  
sobre tu débil corazón de arena.

La aurora nos unió sobre la cama,  
las bocas puestas sobre el chorro helado  
de una sangre sin fin que se derrama.

Y el sol entró por el balcón cerrado  
y el coral de la vida abrió su rama  
sobre mi corazón amortajado.

No debe sorprenderse el lector de que la palabra mortaja aparezca cuando los amantes han conseguido unirse en la cama. Tampoco debe sorprenderse de que el color rojizo de la luz que los une, la luz de la aurora, se identifique con un chorro de sangre helada, perteneciente todavía al ámbito simbólico de la luna o de la muerte. Cuando uno llora, el otro ríe. Parece un dios ese otro, pero tiene poca consistencia, sostenido por un débil corazón de arena, de tiempo, de fugacidad. El diálogo entre los amantes que mantienen una relación difícil, partida por la risa y el llanto, acaba en unión, pero se trata de una unión fúnebre, una disolución de la propia identidad. El sol se encontrará con los cadáveres al entrar en la habitación. O con el cadáver, porque el soneto vuelve a parecer un ajuste de cuentas personal. El *cristal de pena* bien pudiera ser el espejo en el que el poeta se atreve a mirarse a sí mismo.

Da igual. En la oscuridad erótica de la poesía contemporánea, el amante interioriza el discurso social, lo adapta al ámbito de lo privado, porque ya antes había penetrado en su propia intimidad, en su configuración subjetiva. Mal nos va, pues, cuando nos empeñamos en amar al prójimo como a nosotros mismos. Demasiadas paradojas y excesiva, envenenada responsabilidad. Primero interiorizamos una realidad social, que está llena de fisuras y soporta el peso de las leyes exteriores. Luego pretendemos vivir

como verdad interior esencial lo que es sólo una coyuntura histórica interiorizada. Más tarde intentamos ocupar el espacio público y construir una identidad a partir de ese sentimiento, ya privatizado. Lo exterior fugaz y artificial se transforma en expresión de sentimientos interiores, naturales y eternos. Todo lo que no se parezca a dichos sentimiento será entendido como amenaza de lo Otro, de los otros, del otro, algo que no debe contar con voz propia en la cama, la asamblea, el ágora, la plaza, la nación. Hay amores que matan doblemente, y lo que se liquida, además del amor, es el ágora.

Si esta elaboración ideológica ocurre en el amor, es normal que suceda y más acentuadamente en la imagen del otro que ofrecen las discusiones raciales o patrióticas. Los libros recrean la realidad, la inventan, y lo que es más decisivo, hacen después que los lectores actúen en la realidad a la luz de sus libros. La ficción ha servido durante años para interpretar la realidad, para ayudar a comprenderla, pero también para simular una realidad alternativa, adelantándose a la poderosa tecnología actual de las creaciones virtuales. Edward W. Said, en su ensayo sobre el *Orientalismo*, recordó el *Cándido* de Voltaire y, sobre todo, el *Quijote*, para hacer la siguiente afirmación: «Parece que un error frecuente es preferir la autoridad esquemática de un texto a los contactos humanos que entrañan el riesgo de resultar desconcertantes». La verdad es que el libro de Cervantes está lleno de complejidad, pero no por afirmar la lucha de los sueños frente a la realidad, sino por contar la historia de un individuo al que se le concedió la libertad para vivir y escoger oficio de acuerdo con un mundo nuevo, sin los servilismos estáticos de la Edad Media, y aprovechó precisamente esa libertad para hacerse caballero andante, sometándose a una moral escrita con anterioridad a su propia experiencia.

La inteligencia de Said evita la lectura romántica de las aventuras de don Quijote y prefiere advertir de los peligros que implica cambiar la ficción por el simulacro, manipular la realidad para fijar una moral determinada. El poder de las novelas de caballería y toda la capacidad de superstición propia del mundo sacralizado medieval resultan hoy desbordados por la autoridad del mundo tecnológico posmoderno y del circo mediático. Said explicó con

detalle que la imagen cultural de Oriente reproducida por Occidente en los siglos pasados era inseparable de los códigos del colonialismo. La fábrica de una imagen humana y social depende de una política de explotación. Este fue el tema central de las inquietudes de Said, un asunto al que volvió en «Representar al colonizado», uno de los artículos recogidos en *Reflexiones sobre el exilio*: «Los intereses materiales en juego en nuestra cultura son muy amplios y muy costosos. Llevan consigo no sólo problemas de guerra y de paz –porque si uno en general ha reducido el mundo no europeo a la categoría de una región inferior o subsidiaria, se vuelve muy fácil invadirlo y pacificarlo–, sino también problemas de distribución económica, prioridades políticas, y, fundamentalmente, relaciones de dominación y desigualdad».

Al tratar el asunto, Said habló de política y añadió una lección más al legado de su inteligencia. No se sintió predispuesto a simular una pureza académica, no buscó una verdad docente al margen de los conflictos. La política no fue para él un ejercicio impuro, la rémora de trucos y convenciones propia de una actividad liquidada en la sociedad contemporánea. Se sintió político porque quiso regresar al ágora, defender los espacios públicos de la objetividad y la palabra. Nos enseñó que la razón última de una meditación sobre el otro debía ser el reconocimiento del conflicto, algo imprescindible para asumir responsabilidades políticas y legislativas. Hay que vigilar, y Said vigila: «La fetichización y la incesante celebración de la diferencia y la *otredad* pueden entenderse, por tanto, como una tendencia amenazadora». En efecto, la exaltación del fragmento, el canto a la diferencia, la exaltación de las identidades particulares, han sido uno de los ejercicios preferidos de los viejos enemigos de las ilusiones colectivas. La lírica juega a veces el papel de la caricatura. Al otro se le desprecia, o se le tolera en su identidad, pero inhabilitando las posibilidades de un espacio conjunto, de un lugar sin cargas de identidad, de una neutralidad pública. Prefieren alabar a las minorías para mantenerlas en el margen, antes que asumir la necesidad de llevar a cabo el proyecto de la razón. Un proyecto frío, es verdad, pero también universal e igualitario por lo que se refiere al respeto de la condición humana. Hacer una reivindicación flexible del todo, procurar que los individuos puedan discutir y ponerse de acuerdo en un terri-

torio neutral, es el verdadero reto. El lugar de la razón es frío, pero funda un espacio democrático, ese que no nos constituye como andaluces, españoles o senegaleses, sino como ciudadanos.

Cada época tiene sus prioridades, sus coyunturas, sus urgencias en el debate intelectual. Si ha habido momentos en los que era necesario defender los derechos del fragmento, hoy parece mucho más necesario encontrar una versión digna de la totalidad. La razón y sus ciudadanos deben encontrar su propia palabra en la unificación tecnológica del mundo. Poner las cosas en su sitio significa comprender que el otro no es por definición una amenaza o una metáfora. Los que exaltan la hermosura marginal de las minorías tienden a practicar una sibilina forma de colonización que procura convertir al otro en metáfora. No se habla de los demás de acuerdo con sus propia realidad, sino dependiendo de las insatisfacciones y las nostalgias del opinante de turno. La animalización y la barbarie se sustituyen aquí por una mitología embellecedora, que casi siempre insiste en la bondad de unas verdades naturales perseguidas por la civilización y sus razones. En nombre de un pretendido derecho a la diferencia, demasiada gente aplaude modos de actuar en países lejanos que no admitirían de ninguna manera en el paisaje aburrido y cotidiano de su país. Es evidente que no resulta admisible una homogeneización totalitaria, dominadora, injusta, como la que hemos padecido en las formas acostumbradas del imperialismo. Pero tampoco se trata de romper en fragmentos las ilusiones colectivas, renunciando a la condición prioritaria del ciudadano ilustrado. Aquí se centra hoy la meditación sobre los otros, y por eso hay que cuidarse tanto de las miradas despreciativas que caricaturizan el bien y el mal, como de las bellas soluciones líricas que convierten una identidad en una verdad natural incontaminada.

La literatura, que ha dado muchos ejemplos de los vértigos de animalización del otro, ha promovido al mismo tiempo imágenes sublimadas. Los procedimientos pueden ser groseros o estar cargados de delicadeza. También hay opciones tan rebuscadas como significativas. El romanticismo de José Zorrilla se entretuvo con frecuencia en temas orientales, versificó la Andalucía islámica y dedicó un extenso canto, repleto de mitología e historia, a la ciudad de Granada. La palabra herida, instalada en la queja, ansiosa